





El tiempo se va encargando de confirmar nuestros diagnósticos y pronósticos acerca de los partidos que se titulan *demócratas* en Cuba.

Enjendro uno de ellos de pasiones de localidad, inverosímiles en los tiempos que alcanzamos, y que dan muy mala idea de la carencia de preocupación y del supuesto espíritu progresista de sus acciones; son los más verdaderas creaciones artificiales, productos de combinaciones arbitrarias, en las que se ha obedecido más al capricho, al deseo de figurar o a la conveniencia, al velar ciertos ideales peligrosos, que a las necesidades necesarias que presiden a la vida de todas las sociedades.

El primero de esos partidos tiene sus orígenes, según confesión propia, en las antiguas agitaciones civiles producidas en esta Isla durante el presente siglo.

Ha tenido varios nombres y pero hoy se le conoce con el de *autonomista*, si bien debemos sospechar que esta denominación no expresa con exactitud sus verdaderas tendencias, y toda vez que, antes de llegar a adoptar la calidad de *calumniosa* ese mismo partido, con el mismo calor con que hoy rechaza el calificativo de separatista.

Es más; según las últimas noticias de nuestro correspondiente en Madrid, parece que se muestra cierto empeño, por parte de la prensa que al vivo de las *esperanzas* sin *o* *o*, en hacer creer a los políticos peninsulares que en Cuba no hay quien aspire al gobierno autónomo; evolución que ha debido obedecer a las declaraciones que en las Cortes, en el gabinete y en la parte censada de la prensa se han hecho sobre la autonomía cubana, en el sentido de considerarla como un paso decisivo hacia la separación absoluta y definitiva entre la Isla de Cuba y la nación española.

Estos cambios de nombre, estas vacilaciones, y la falta de exposición de doctrinas que todos observan en el partido de que se trata, son muy naturales en una agrupación que no ha sido constituida, como hemos indicado, por el choque de opiniones políticas encontradas, sino por el influjo de una pasión extrínseca que ha poseído en la América latina a muchos corazones desde los comienzos del siglo; pasión más parecida al odio que al amor, y de la cual la historia presenta, por fortuna; muy pocos ejemplos.

Y no nos diga *El Triunfo*, como lo ha hecho varias veces, que los ideales de este partido están bien definidos dentro de la ciencia política, y que en su artículo "Nuestra doctrina" explicó perfectamente en la América latina a muchos corazones desde los comienzos del siglo; pasión más parecida al odio que al amor, y de la cual la historia presenta, por fortuna; muy pocos ejemplos.

No es contra nosotros contra quienes tendré que defender el colega en adelante la claridad de sus exposiciones doctrinales, sino contra el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

¿Puede darse una prueba mayor de que el partido autonomista de Cuba no debe su origen a una idea política determinada?

Y, sin embargo, ¿ese partido tiene vida real? Por vicio que su origen sea, y por escasa que sea su influencia en la opinión general del país, no puede negarse que es una colectividad, más o menos numerosa, unida estrechamente por vínculos que, si no son de naturaleza política, no por eso dejan de producir cierta unidad en la marcha general de la agrupación hacia los ocultos ideales que persigue.

No podemos decir lo mismo de los demás partidos avanzados de Cuba, que se titulan *demócratas*, porque aquí todos los políticos que no se han afiliado al partido conservador o al autonomista, se han declarado *demócratas*.

Parece a primera vista que estos deberían formar un solo grupo, toda vez que debe ser uno el dogma dogmático; pero sucede con la democracia algo muy semejante a lo que se ha observado en el protestantismo. Ambas escuelas están fundadas sobre tan anchas bases, y es tan amplia la libertad de interpretación que conceden a sus *fieltos*, que cada uno de ellos constituye una secta, y no es fácil que opinen lo mismo todas en una cuestión determinada.

En este concepto debemos constatar antes que no podamos decir lo mismo de los partidos *demócratas* que del partido autonomista, el cual, en medio de la falta de doctrina, conserva cierta unidad por el misterioso influjo de la extraña pasión a que antes aludimos.

Ya indicamos al principio de este artículo, que estos partidos *demócratas* son creaciones puramente artificiales; y, en efecto, es difícil explicarse la causa de su formación de un modo natural.

Lo que puede asombrar es que no ha respondido a ninguna manifestación espontánea importante de la opinión en Cuba.

Se han reunido varios ciudadanos y han proyectado fabricar esos partidos, como puede proyectarse la construcción de un puente, sin considerar que la constitución de las asociaciones llamadas a sustentar una doctrina, tiene que ser determinada por leyes más elevadas y más fecundas que la voluntad de unos cuantos.

Decía un eminente filósofo contemporáneo, que una de las locuras más peligrosas de nuestro siglo es la de persuadirse de

que se constituye un Estado, o se forma una sociedad, a partir de la noche de la mañana, como si fuera un objeto de manufactura; y en este error han caído, al parecer, los fundadores de los partidos *demócratas* en Cuba.

Unos se han declarado *monárquicos*, siguiendo el ejemplo del Sr. Moret: otros hacen continuas protestas de su republicanismo; alguno hay que, entre ser *monárquico* y ser *republicano*, prefiere seguramente ser *autonomista*; y después de tantos afanes para producir partidos *demócratas* de arteificio, venimos a parar, como no podía menos de suceder, en que cuando se trata de la cuestión más trascendente y digna de ocupar la atención de los partidos en Cuba, los pretendidos *demócratas* se dividen, para mirarse unos a los conservadores y para formar los otros con los autonomistas; así como cuando sólo se trata de hacer propaganda democrática en el país más democrático del mundo, sin influir poco ni mucho en la opinión del país, que no puede interesarse en polémicas sobre sistemas puramente políticos, cuando está puesta a discusión la Patria misma.

Puede tanto, sin embargo, el cariño a las propias creaciones, que los fundadores de esos partidos los ven crecer prodigiosamente, derrotar a sus adversarios e influir en las determinaciones del Gobierno de la Nación, echando cuentas más alegres que las de la lechera de la fabula.

Aquí todos saben a qué atenerse sobre la importancia de esas agrupaciones, cuya existencia nadie sospecharía, si no se publicasen en la Habana ciertos periódicos de los cuales consta de 17 letras.

Los cuatro *demócratas* distintos; pero como algunos colegas de Madrid toman por el serio la constitución y progresos de tales partidos, nunca estará de más consignar que tres de ellos están constituidos únicamente por los redactores de sus órganos en la prensa, y el cuarto no tiene más manifestación, por ahora, en la vida política de Cuba, que la de su correspondiente periódico, y sólo podría influir en ella con algunas docenas de votos (si se estableciera el sufragio universal).

Esta pintura exacta de lo que son en Cuba los partidos *demócratas*, no impedirá seguramente que hagan coro a los autonomistas en la eterna cantilena de declararse vencedores y declararnos vencidos; pero nosotros no escribimos para persuadir a los fabricantes de *demócratas*, porque sabemos que el amor a las propias creaciones, de que antes hablamos, los ciega demasiado para que puedan comprender la esterilidad de sus esfuerzos.

Al escribir sobre la situación de los partidos avanzados en Cuba, pasándonos una especie de revista, lo hacemos únicamente para que los políticos peninsulares no se forjen ilusiones acerca del estado de la opinión en esta Antilla, repitiendo mil veces que esa opinión sólo tiene aquí dos manifestaciones reales; y porque nuestra Patria como dijimos antes, en tela de juicio, es vano empeño querer llamar la atención del país hacia más seculares cuestiones, como lo ha hecho el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

¿Puede darse una prueba mayor de que el partido autonomista de Cuba no debe su origen a una idea política determinada?

Y, sin embargo, ¿ese partido tiene vida real? Por vicio que su origen sea, y por escasa que sea su influencia en la opinión general del país, no puede negarse que es una colectividad, más o menos numerosa, unida estrechamente por vínculos que, si no son de naturaleza política, no por eso dejan de producir cierta unidad en la marcha general de la agrupación hacia los ocultos ideales que persigue.

No es contra nosotros contra quienes tendré que defender el colega en adelante la claridad de sus exposiciones doctrinales, sino contra el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

¿Puede darse una prueba mayor de que el partido autonomista de Cuba no debe su origen a una idea política determinada?

Y, sin embargo, ¿ese partido tiene vida real? Por vicio que su origen sea, y por escasa que sea su influencia en la opinión general del país, no puede negarse que es una colectividad, más o menos numerosa, unida estrechamente por vínculos que, si no son de naturaleza política, no por eso dejan de producir cierta unidad en la marcha general de la agrupación hacia los ocultos ideales que persigue.

No es contra nosotros contra quienes tendré que defender el colega en adelante la claridad de sus exposiciones doctrinales, sino contra el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

¿Puede darse una prueba mayor de que el partido autonomista de Cuba no debe su origen a una idea política determinada?

Y, sin embargo, ¿ese partido tiene vida real? Por vicio que su origen sea, y por escasa que sea su influencia en la opinión general del país, no puede negarse que es una colectividad, más o menos numerosa, unida estrechamente por vínculos que, si no son de naturaleza política, no por eso dejan de producir cierta unidad en la marcha general de la agrupación hacia los ocultos ideales que persigue.

No es contra nosotros contra quienes tendré que defender el colega en adelante la claridad de sus exposiciones doctrinales, sino contra el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

¿Puede darse una prueba mayor de que el partido autonomista de Cuba no debe su origen a una idea política determinada?

Y, sin embargo, ¿ese partido tiene vida real? Por vicio que su origen sea, y por escasa que sea su influencia en la opinión general del país, no puede negarse que es una colectividad, más o menos numerosa, unida estrechamente por vínculos que, si no son de naturaleza política, no por eso dejan de producir cierta unidad en la marcha general de la agrupación hacia los ocultos ideales que persigue.

No es contra nosotros contra quienes tendré que defender el colega en adelante la claridad de sus exposiciones doctrinales, sino contra el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

que se constituye un Estado, o se forma una sociedad, a partir de la noche de la mañana, como si fuera un objeto de manufactura; y en este error han caído, al parecer, los fundadores de los partidos *demócratas* en Cuba.

Unos se han declarado *monárquicos*, siguiendo el ejemplo del Sr. Moret: otros hacen continuas protestas de su republicanismo; alguno hay que, entre ser *monárquico* y ser *republicano*, prefiere seguramente ser *autonomista*; y después de tantos afanes para producir partidos *demócratas* de arteificio, venimos a parar, como no podía menos de suceder, en que cuando se trata de la cuestión más trascendente y digna de ocupar la atención de los partidos en Cuba, los pretendidos *demócratas* se dividen, para mirarse unos a los conservadores y para formar los otros con los autonomistas; así como cuando sólo se trata de hacer propaganda democrática en el país más democrático del mundo, sin influir poco ni mucho en la opinión del país, que no puede interesarse en polémicas sobre sistemas puramente políticos, cuando está puesta a discusión la Patria misma.

Puede tanto, sin embargo, el cariño a las propias creaciones, que los fundadores de esos partidos los ven crecer prodigiosamente, derrotar a sus adversarios e influir en las determinaciones del Gobierno de la Nación, echando cuentas más alegres que las de la lechera de la fabula.

Aquí todos saben a qué atenerse sobre la importancia de esas agrupaciones, cuya existencia nadie sospecharía, si no se publicasen en la Habana ciertos periódicos de los cuales consta de 17 letras.

Los cuatro *demócratas* distintos; pero como algunos colegas de Madrid toman por el serio la constitución y progresos de tales partidos, nunca estará de más consignar que tres de ellos están constituidos únicamente por los redactores de sus órganos en la prensa, y el cuarto no tiene más manifestación, por ahora, en la vida política de Cuba, que la de su correspondiente periódico, y sólo podría influir en ella con algunas docenas de votos (si se estableciera el sufragio universal).

Esta pintura exacta de lo que son en Cuba los partidos *demócratas*, no impedirá seguramente que hagan coro a los autonomistas en la eterna cantilena de declararse vencedores y declararnos vencidos; pero nosotros no escribimos para persuadir a los fabricantes de *demócratas*, porque sabemos que el amor a las propias creaciones, de que antes hablamos, los ciega demasiado para que puedan comprender la esterilidad de sus esfuerzos.

Al escribir sobre la situación de los partidos avanzados en Cuba, pasándonos una especie de revista, lo hacemos únicamente para que los políticos peninsulares no se forjen ilusiones acerca del estado de la opinión en esta Antilla, repitiendo mil veces que esa opinión sólo tiene aquí dos manifestaciones reales; y porque nuestra Patria como dijimos antes, en tela de juicio, es vano empeño querer llamar la atención del país hacia más seculares cuestiones, como lo ha hecho el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

¿Puede darse una prueba mayor de que el partido autonomista de Cuba no debe su origen a una idea política determinada?

Y, sin embargo, ¿ese partido tiene vida real? Por vicio que su origen sea, y por escasa que sea su influencia en la opinión general del país, no puede negarse que es una colectividad, más o menos numerosa, unida estrechamente por vínculos que, si no son de naturaleza política, no por eso dejan de producir cierta unidad en la marcha general de la agrupación hacia los ocultos ideales que persigue.

No es contra nosotros contra quienes tendré que defender el colega en adelante la claridad de sus exposiciones doctrinales, sino contra el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

¿Puede darse una prueba mayor de que el partido autonomista de Cuba no debe su origen a una idea política determinada?

Y, sin embargo, ¿ese partido tiene vida real? Por vicio que su origen sea, y por escasa que sea su influencia en la opinión general del país, no puede negarse que es una colectividad, más o menos numerosa, unida estrechamente por vínculos que, si no son de naturaleza política, no por eso dejan de producir cierta unidad en la marcha general de la agrupación hacia los ocultos ideales que persigue.

No es contra nosotros contra quienes tendré que defender el colega en adelante la claridad de sus exposiciones doctrinales, sino contra el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

¿Puede darse una prueba mayor de que el partido autonomista de Cuba no debe su origen a una idea política determinada?

Y, sin embargo, ¿ese partido tiene vida real? Por vicio que su origen sea, y por escasa que sea su influencia en la opinión general del país, no puede negarse que es una colectividad, más o menos numerosa, unida estrechamente por vínculos que, si no son de naturaleza política, no por eso dejan de producir cierta unidad en la marcha general de la agrupación hacia los ocultos ideales que persigue.

No es contra nosotros contra quienes tendré que defender el colega en adelante la claridad de sus exposiciones doctrinales, sino contra el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

¿Puede darse una prueba mayor de que el partido autonomista de Cuba no debe su origen a una idea política determinada?

Y, sin embargo, ¿ese partido tiene vida real? Por vicio que su origen sea, y por escasa que sea su influencia en la opinión general del país, no puede negarse que es una colectividad, más o menos numerosa, unida estrechamente por vínculos que, si no son de naturaleza política, no por eso dejan de producir cierta unidad en la marcha general de la agrupación hacia los ocultos ideales que persigue.

No es contra nosotros contra quienes tendré que defender el colega en adelante la claridad de sus exposiciones doctrinales, sino contra el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

¿Puede darse una prueba mayor de que el partido autonomista de Cuba no debe su origen a una idea política determinada?

Y, sin embargo, ¿ese partido tiene vida real? Por vicio que su origen sea, y por escasa que sea su influencia en la opinión general del país, no puede negarse que es una colectividad, más o menos numerosa, unida estrechamente por vínculos que, si no son de naturaleza política, no por eso dejan de producir cierta unidad en la marcha general de la agrupación hacia los ocultos ideales que persigue.

que se constituye un Estado, o se forma una sociedad, a partir de la noche de la mañana, como si fuera un objeto de manufactura; y en este error han caído, al parecer, los fundadores de los partidos *demócratas* en Cuba.

Unos se han declarado *monárquicos*, siguiendo el ejemplo del Sr. Moret: otros hacen continuas protestas de su republicanismo; alguno hay que, entre ser *monárquico* y ser *republicano*, prefiere seguramente ser *autonomista*; y después de tantos afanes para producir partidos *demócratas* de arteificio, venimos a parar, como no podía menos de suceder, en que cuando se trata de la cuestión más trascendente y digna de ocupar la atención de los partidos en Cuba, los pretendidos *demócratas* se dividen, para mirarse unos a los conservadores y para formar los otros con los autonomistas; así como cuando sólo se trata de hacer propaganda democrática en el país más democrático del mundo, sin influir poco ni mucho en la opinión del país, que no puede interesarse en polémicas sobre sistemas puramente políticos, cuando está puesta a discusión la Patria misma.

Puede tanto, sin embargo, el cariño a las propias creaciones, que los fundadores de esos partidos los ven crecer prodigiosamente, derrotar a sus adversarios e influir en las determinaciones del Gobierno de la Nación, echando cuentas más alegres que las de la lechera de la fabula.

Aquí todos saben a qué atenerse sobre la importancia de esas agrupaciones, cuya existencia nadie sospecharía, si no se publicasen en la Habana ciertos periódicos de los cuales consta de 17 letras.

Los cuatro *demócratas* distintos; pero como algunos colegas de Madrid toman por el serio la constitución y progresos de tales partidos, nunca estará de más consignar que tres de ellos están constituidos únicamente por los redactores de sus órganos en la prensa, y el cuarto no tiene más manifestación, por ahora, en la vida política de Cuba, que la de su correspondiente periódico, y sólo podría influir en ella con algunas docenas de votos (si se estableciera el sufragio universal).

Esta pintura exacta de lo que son en Cuba los partidos *demócratas*, no impedirá seguramente que hagan coro a los autonomistas en la eterna cantilena de declararse vencedores y declararnos vencidos; pero nosotros no escribimos para persuadir a los fabricantes de *demócratas*, porque sabemos que el amor a las propias creaciones, de que antes hablamos, los ciega demasiado para que puedan comprender la esterilidad de sus esfuerzos.

Al escribir sobre la situación de los partidos avanzados en Cuba, pasándonos una especie de revista, lo hacemos únicamente para que los políticos peninsulares no se forjen ilusiones acerca del estado de la opinión en esta Antilla, repitiendo mil veces que esa opinión sólo tiene aquí dos manifestaciones reales; y porque nuestra Patria como dijimos antes, en tela de juicio, es vano empeño querer llamar la atención del país hacia más seculares cuestiones, como lo ha hecho el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

¿Puede darse una prueba mayor de que el partido autonomista de Cuba no debe su origen a una idea política determinada?

Y, sin embargo, ¿ese partido tiene vida real? Por vicio que su origen sea, y por escasa que sea su influencia en la opinión general del país, no puede negarse que es una colectividad, más o menos numerosa, unida estrechamente por vínculos que, si no son de naturaleza política, no por eso dejan de producir cierta unidad en la marcha general de la agrupación hacia los ocultos ideales que persigue.

No es contra nosotros contra quienes tendré que defender el colega en adelante la claridad de sus exposiciones doctrinales, sino contra el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

¿Puede darse una prueba mayor de que el partido autonomista de Cuba no debe su origen a una idea política determinada?

Y, sin embargo, ¿ese partido tiene vida real? Por vicio que su origen sea, y por escasa que sea su influencia en la opinión general del país, no puede negarse que es una colectividad, más o menos numerosa, unida estrechamente por vínculos que, si no son de naturaleza política, no por eso dejan de producir cierta unidad en la marcha general de la agrupación hacia los ocultos ideales que persigue.

No es contra nosotros contra quienes tendré que defender el colega en adelante la claridad de sus exposiciones doctrinales, sino contra el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

¿Puede darse una prueba mayor de que el partido autonomista de Cuba no debe su origen a una idea política determinada?

Y, sin embargo, ¿ese partido tiene vida real? Por vicio que su origen sea, y por escasa que sea su influencia en la opinión general del país, no puede negarse que es una colectividad, más o menos numerosa, unida estrechamente por vínculos que, si no son de naturaleza política, no por eso dejan de producir cierta unidad en la marcha general de la agrupación hacia los ocultos ideales que persigue.

No es contra nosotros contra quienes tendré que defender el colega en adelante la claridad de sus exposiciones doctrinales, sino contra el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

¿Puede darse una prueba mayor de que el partido autonomista de Cuba no debe su origen a una idea política determinada?

Y, sin embargo, ¿ese partido tiene vida real? Por vicio que su origen sea, y por escasa que sea su influencia en la opinión general del país, no puede negarse que es una colectividad, más o menos numerosa, unida estrechamente por vínculos que, si no son de naturaleza política, no por eso dejan de producir cierta unidad en la marcha general de la agrupación hacia los ocultos ideales que persigue.

No es contra nosotros contra quienes tendré que defender el colega en adelante la claridad de sus exposiciones doctrinales, sino contra el Sr. Güell y Rentié, quien a pesar de haberlas leído, y a pesar de la comunicación constante en que debe estar con los prohombres de la gran familia autonómica, declaró paladinamente en el Senado que ignoraba lo que sus correligionarios querían para Cuba; debiendo advertirse que en el mismo caso que el Sr. Güell se encuentran los Sres. Portuondo y Labra. El Sr. Portuondo lo demostró en el Congreso, replicando al Sr. León y Castillo; y el Sr. Labra lo demuestra en el hecho de estar estudiando la autonomía que le conviene para explicar en las Cortes, según nos lo comunicó poco tiempo hace un periódico madrileño.

¿Se puede llamar con propiedad partido político a un partido que, a los tres años de constituirse, tiene ocupados a sus más privilegiados entendimientos en averiguar qué ideales políticos son los suyos?

¿Puede darse una prueba mayor de que el partido autonomista de Cuba no debe su origen a una idea política determinada?

Y, sin embargo, ¿ese partido tiene vida real? Por vicio que su origen sea, y por escasa que sea su influencia en la opinión general del país, no puede negarse que es una colectividad, más o menos numerosa, unida estrechamente por vínculos que, si no son de naturaleza política, no por eso dejan de producir cierta unidad en la marcha general de la agrupación hacia los ocultos ideales que persigue.

que se constituye un Estado, o se forma una sociedad, a partir de la noche de la mañana, como si fuera un objeto de manufactura; y en este error han caído, al parecer, los fundadores de los partidos *demócratas* en Cuba.

Unos se han declarado *monárquicos*, siguiendo el ejemplo del Sr. Moret: otros hacen continuas protestas de su republicanismo; alguno hay que, entre ser *monárquico* y ser *republicano*, prefiere seguramente ser *autonomista*; y después de tantos afanes para producir partidos *demócratas* de arteificio, venimos a parar, como no podía menos de suceder, en que cuando se trata de la cuestión más trascendente y digna de ocupar la atención de los partidos en Cuba, los pretendidos *demócratas* se dividen, para mirarse unos a los conservadores y para formar los otros con los autonomistas; así como cuando sólo se trata de hacer propaganda democrática en el país más democrático del mundo, sin influir poco ni mucho en la opinión del país, que no puede interesarse en polémicas sobre sistemas puramente políticos, cuando está puesta a discusión la Patria misma.

Puede tanto, sin embargo, el cariño a las propias creaciones, que los fundadores de esos partidos los ven crecer prodigiosamente, derrotar a sus adversarios e influir en las determinaciones del Gobierno de la Nación, echando cuentas más alegres que las de la lechera de la fabula.

Aquí todos saben a qué atenerse sobre la importancia de esas agrupaciones, cuya existencia nadie sospecharía, si no se publicasen en la Habana ciertos periódicos de los cuales consta de 17 letras.

Los cuatro







